

Juan Antonio Ennis y Stefan Pfänder. *Lo criollo en cuestión. Filología e historia.*

Buenos Aires, Katatay, 2013, 239 páginas.

Primera parte: la cuestión. Empecemos por el título: la diferencia entre pensar lo que podríamos nombrar como una cierta *cuestión criolla* y definir la indagación de la *puesta en cuestión* de lo criollo marca un camino que se distancia de manera atenta de aquellos presupuestos que marcaron las discusiones dominantes sobre la lengua. Es este tono atento el que domina el libro, un libro amable que permanece alerta, que atiende a diferentes manifestaciones y voces que han hablado desde la historia, desde la literatura y desde la filología; vale decir, desde una cierta concepción de la lingüística. Es por eso que la “anomalía criolla” es la cuestión, la pregunta que hace tambalear el paradigma arbóreo del indoeuropeo y el método de fijación textual. *Ur-sprache* y *Ur-text* puestos en cuestión por una anomalía que resiste y atraviesa las preguntas por el origen. Este libro, que parece no desconocer ninguna página de las que el saber occidental ha escrito sobre el tema, elige con Mignolola noción de *pachakuti* para referirse al acontecimiento americano desde una perspectiva aborígen. Así y junto con Buck-Morss, *Lo criollo en cuestión* asume la perspectiva de Hegel y de Haití poniendo la paradoja delante. Así, la lengua es más-de-una-lengua.

Resulta dificultoso referir algún concepto de los que circulan en el libro sin remitir al mismo tiempo a otros referentes; es que los autores registran unos doscientos libros en la bibliografía de este libro que, podríamos decir, *e pur... si muove*; vale decir que no permanece quieto como vórtice centrípeto de un cierto saber que se registra y representa sino que opera entre los textos afectando lo que lee y dejándose afectar, desconfiando siempre de toda separación que objective cuando ésta olvida el proceso de separación. De ese modo, se postula que no hay “lingüística colonial” en América, sino que la lingüística es en sí misma colonial, dado que “asimilación religiosa, saber filológico y asimilación lingüística van de la mano junto a la expansión colonial en el trabajo de la lingüística misionera” (26).

Con este marco, la diferencia criolla será capaz de atravesar sin confusión el criollo de Haití y el del Río de la Plata; el Chile de Bello y el Caribe de PéreLabat. Las relaciones que establecen “la propiedad y la lengua” y que se resuelven en “la propiedad de la lengua” (31), no aparecen en este libro como un juego de palabras que se vuelva sobre Ennis y Pfänder para conferirles un cierto poder interpretativo sino que, por el contrario, se tiende hacia los lectores para colocarnos en posición de analizar este proceso en tanto inmersos en él. La “triple alianza de ley, gramática y religión como asuntos fundamentales del Estado” (40) establece un marco coherente desde donde analizar las intervenciones de Miguel Antonio Caro, fundador de la Academia Colombiana de la Lengua, primera en América. Las posiciones conservadoras de Caro que no reconocen ruptura alguna con España abren paso, según afirman los autores, al “caribeño fundamental” Henríquez Ureña, que afirma “Tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental” (44). Quienes leemos el libro desde la orilla literaria agradecemos esta cita que vuelve al Borges de “El escritor argentino y la tradición” más americano que nunca y así seguimos el derrotero de la imaginación criolla que “no deja de contaminar” (45), resistiendo la incorporación del enigma criollo a toda ilusión de completud unificadora, tan lejos de la derivación como de la asimilación, el criollo se afirma en su *diversidad* para prevenirse de los peligros empobrecedores de la *universalidad* imperial.



Segunda parte: la lengua española de los criollos americanos. Organizada a partir de tres figuras emblemáticas, se establece la premisa metodológica de la insuficiencia de la lógica binaria a partir de la afirmación de Simón Bolívar: “ni europeos ni indios”. En esa línea que muestra más de dos frentes, Andrés Bello es considerado a partir de sus posiciones, de su irreductible diferencia, pero también a partir de una obra que nunca termina de revelar lo que tiene para decir. Es así que más allá de la *Gramática castellana destinada al uso de los americanos*, y de los Códigos civiles de Chile y de Colombia, los autores reparan en la reconstrucción del Poema de Mío Cid que Bello comenzó en Londres y en el que persistió toda su vida, y no dejan de apuntar un significativo pasaje de su *Compendio de la historia de la literatura* en el que el venezolano comenta la lectura que Cicerón hace de César. Estos aspectos filológicos perfilan el desvío criollo de Bello que “se realiza así con la reapropiación de una lengua y una tradición occidentales, que a través de la herencia hispánica conduce a Roma” (65). Como a lo largo de todo el libro, los autores reenvían a trabajos consultados y esbozan tareas por completar; sin embargo encuentran espacio para el análisis minucioso que muestra los necesarios lazos, los “entreveros” entre lengua y propiedad donde el modo americano de Bello encuentra en la religación con España la posibilidad de recuperar el terreno perdido por la Metrópolis en la carrera histórica hacia Occidente. Así, la independencia “funda un régimen de propiedad como pureza (expulsión de lo otro y sus huellas), patrimonio (herencia legítima) y ley que hace posible los Estados-nación” (82).

Es al analizar el caso de Rufino José Cuervo donde se hace presente una fisura en la triple alianza de ley, gramática y religión realizada en la propiedad de la lengua. Cuervo no puede dejar de formular una “razón filológica” ajena a la “razón gramatical”, en donde la segunda responde por entero la razón de Estado. Como primer filólogo moderno se convierte, según palabras del novelista Vallejo que este libro hace suyas, en el primer filólogo [verdadero, parecen apuntar uno y otros] en lengua española. Este nuevo descubrimiento del español en América, realizado por Cuervo gracias a los libros que pudo consultar en la Biblioteca Nacional de Francia, gracias a las ediciones de esos libros que pudo consultar, es el descubrimiento de una distancia, o de cómo el conocimiento científico del español constata ante todo su muerte. El recorrido de este saber no supone sólo la consulta de las buenas ediciones, sino que se sustenta también en la decepción por las ediciones “falseadas” vistas en América y preparadas con descuido en España. En ese juego de distancias se desarrolla la acción filológica.

Por otra parte, nuestros autores hacen hincapié en la polémica de Cuervo con Valera, y para ello cartografían las posiciones de cada uno a lo largo del tiempo y de los espacios geográficos e institucionales. Al hacerlo, nuevamente literatura y lengua se tejen a partir del prólogo de un poema, donde Cuervo realiza el movimiento de retorno a las letras americanas sin moverse de su lugar de enunciación europeo y lo hace para observar la disolución del vínculo. Valera, en cambio, ataca desde los periódicos y desde la RAE, que queda por primera vez en una serie que continúa hasta nuestros días del lado de las alarmas del sentido común que distribuyen los medios de comunicación. En otra dimensión que diríamos vertical, Valera acude, en 1900, al argumento de la corrupción que traería el contacto directo con “indios indígenas” y “emigrantes que acudan en busca de trabajo y bienes de fortuna”. Este argumento provocador que no se constata en la época será motivo de futuras preocupaciones por parte de otros criollistas; por el momento, la labor de Cuervo resulta una intervención efectiva, toda vez que “A la gramática compañera de la misión evangélica sigue así el saber científico de la lengua que habilita al mismo tiempo una mayor libertad de uso” (103). El recorrido que los autores hacen de la trayectoria de Rufino José Cuervo en las instituciones, en sus polémicas, en el consagrado par “Caro y Cuervo” (y en sus disparidades), muestra en todo momento una labor propia que sabe posar su mirada filológica en las reescrituras permanentes de sus *Notas a la gramática castellana*, en las *Apuntaciones...* Como en el resto del libro, que no se separa del objetivo de recorrer y analizar el desvío criollo (en Cuervo como figura que se aparta de la idea de emancipación lingüística), encontramos permanentes referencias a trabajos de investigación más profundos sobre cada uno de los tópicos mencionados, lo que lo convierte en una suerte de cátedra monumental en la que nos va introduciendo poco a poco la lectura, vale decir, una puesta al día de lo que hay que leer, con la salvedad de que nunca se trata simplemente de una reseña.

Los apartados dedicados al germano-chileno Lenz, figura especular o complementaria de Cuervo, pionero americano de la lingüística (donde pionero implica el que viene a ocupar un territorio

y se hace colono) comienzan enfatizando la preeminencia, al menos temporal, de los estudios americanos en el desarrollo de la filología hispánica. En el país donde el hispanismo de Bello suprimía la herencia aborigen, Lenz alerta sobre el *mal de archivo*, es necesario registrar y estudiar antes de que no quede huella, y será así que su labor de archivo inicia el registro de cantos y dichos populares en Chile. Esta ampliación del registro es en verdad un nuevo modo de mirar la lengua no desprovista de los ideales nacionalistas: es la homogeneidad lingüística lo que distingue a Chile de sus vecinos, una “buena mezcla” que supo absorber la herencia araucana. Lenz “es el primero en hacer del huaso chileno, su lengua y su cultura (y con él del araucano) materia digna de estudio para la lingüística y la antropología modernas” (125). En su estudio *El papiamento. La lengua criolla de Curazao. La gramática más sencilla*, va más allá, propone las lenguas criollas como el ideal de lengua internacional, basado en su políglota informante. El intercambio epistolar con el lingüista amateur Costa Álvarez, que reseña elogiosamente el libro aunque se opone a su tesis principal que sostiene la capacidad y hasta superioridad de esa lengua como lengua culta, muestra la trama de disputas culturales y políticas en torno al Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Especialmente, la obra de Lenz resulta inasimilable para las tesis de Menéndez Pidal y de su discípulo Amado Alonso. Es en el estudio fonológico donde Lenz aporta sus argumentos, al punto de transcribir fonéticamente la lectura pedida al cocinero de Curazao de los textos que él mismo escribía. Alonso no deja de reconocer la *información* aportada por Lenz, aunque su perspectiva no le permite asimilarla al *conocimiento*, ya que —señalan los autores— “la explicación [sobre el español en América] no puede darse por convergencia de rasgos estructurales latentes y contacto lingüístico, sino que ambas explicaciones son mutuamente excluyentes. Más aún, de lo que se trata es precisamente de lograr esa exclusión” (137). De ese modo, el carácter científico que Lenz esgrime y desde el cual interviene desemboca en una necesaria impugnación a la *Gramática* de Bello, la que debe ser reescrita a partir de la noción y el valor de la “lengua natural”. El argumento con el que Lenz se separa una vez más de Bello, y con él de la filología de cuño español, es la necesaria separación entre gramática y preceptiva; descripción de un fenómeno y no recomendaciones acerca del buen hablar. En ese cometido Lenz se encuentra con Cuervo, y así que Pfänder y Ennis posan su mirada en la memoria titulada *La enseñanza del castellano i la reforma de la gramática* en la que Lenz recomienda la lectura de la edición de la *Gramática* de Bello... anotada por Cuervo. Con Lenz, y más precisamente con un texto de Lenz prologado y publicado por Menéndez Pidal, se sella la alianza entre filología moderna y nacionalismo cultural. La encrucijada desde donde escribe Lenz, formado y avalado por los centros del saber pero escribiendo sobre el otro, incorporando a un otro que no figuraba en las gramáticas más que como amenaza, muestra de ese modo su *diferencia criolla*, ya que “su labor no supone sencillamente la imposición de la mirada colonial para dar forma a la materia americana, sino que se inserta desde allí para renegociarla e instalar un lenguaje” (147). La obra de Lenz espera... dicen los autores, y despliegan un amplio campo de estudios filológicos americanos por realizar.

Tercera parte: Lenguas criollas. Atravesada la diferencia criolla que se percibe en relación con el español en América, esta última parte del libro comienza con tres epígrafes en francés, como para recordarnos que “la conquête du monde [fuerealizada] par cinq nations européennes”, si se le permite a este comentario el uso de una mezcla afín al tema. Acaso un lector poco habituado a la discusión teórica crea que en estas setenta páginas es donde aparece, por fin, la filología. En ellas *parece* hablarse del origen, pero se nombra como *surgimiento* y de lo que se trata en verdad es de *la pregunta por el origen*. Aquí, finalmente, hay comparación de ejemplos con elementos fonológicos, gramaticales y sintácticos, pero la contundencia de la argumentación que sostiene el uso de estos casos sólo puede apreciarse teniendo en cuenta la “anomalía criolla” que se presentó antes y que vuelve a poner en cuestión presupuestos establecidos en torno al estudio de las lenguas. La primera parte se dedica de este modo al pre-pidgin, al pidgin y al criollo, como tres momentos en la formación de las lenguas. La puesta en escena de una teoría sobre el origen de las lenguas (criollas, pero como realizaciones de una teoría universal sobre el lenguaje) sirve para contraargumentar: Bickerton habla de las “raíces del lenguaje”, a las que se accede directamente a través de la “hipótesis del programa biológico” (LBH), una hipótesis ya puesta en duda, pero suficientemente influyente como para discutirla. Punto por punto, tomando como base los mismos ejemplos de Bickerton, Pfänder y Ennis analizan ocho rasgos gramaticales y los ponen en correlación con el *imput* que para Bickerton es tan lejano. En este seguimiento, las lectoras y lectores comprobamos que la enseñanza de Lenz todavía

espera... Si aprovechamos la lección, nos debe llamar la atención que Bickerton hubiese tomado como punto de comparación, en su libro de 1981, las lenguas europeas en su variedad estándar y escrita, que notoriamente difería de la que hablaban los colonizadores europeos, comerciantes cuyas variedades orales ya habían desarrollado un grado de familiaridad entre sí comparable al de las lenguas criollas. La filología asoma ahí donde la pregunta persiste, donde se vuelve a preguntar por aquello que se pregunta. “Esa pregunta por el origen encuentra un espacio privilegiado para su respuesta en la lengua del otro subalterno en el orden colonial. Ese origen, justamente, da razón a una economía, un ordenamiento de las relaciones de propiedad” (155).

El segundo apartado de esta sección se ocupa de la relación entre experiencia y gramática para referir a “otro tiempo”. Acá nuevamente se analiza un dialecto, el Guayanais, para señalar, por un lado, que las particularidades de la formación verbal pueden relacionarse con formas dialectales, pero este señalamiento abre paso a una apuesta por la experiencia y la literatura. Este tiempo otro, que Pfänder afirma haber vivido en el Caribe, implica necesariamente una manera de codificar diferente, y para ponerlo en palabras, el libro acude a una novela del escritor martinicano Patrick Chamoiseau, ganadora del premio Goncourt, donde un filósofo refiere al tiempo como un perro encadenado. Esta elección habla no sólo de la concepción de la lengua sino también, y en sólo en este sentido parecería ser lo mismo, de la literatura. Es en la literatura donde lo que cimienta nuestras vidas, la concepción del tiempo y el espacio, puede ser puesto en duda, y es con Dostoievski con quien el texto puede dialogar para detectar cierto malestar en la cultura o, para decirlo en términos cinematográficos, donde “falla la Mátrix”. Lejos de pensar que para encontrar el funcionamiento de las lenguas criollas es necesario acudir a textos regionalistas, *Lo criollo en cuestión* conecta la forma gramatical de los tiempos verbales con la experiencia que emerge en la mejor literatura a ambos lados del océano. La concepción del tiempo, en todo caso, parece una cuestión espacial, de tierra y fronteras, y de disposición de la escrita sobre una página que determinaría la posibilidad de invención de tradiciones frente a los múltiples “mitos de origen” de la cultura oral que las lenguas criollas parecen alojar en la importancia aspectual de los verbos. No se trata en este análisis de visitar el exotismo de culturas menos desarrolladas, sino de mirar a través de la diferencia criolla para descubrir una *falla* en nuestra experiencia occidental, el lugar de un corte imposible.

El tercer y último apartado antes de las conclusiones, retoma cuidadosamente todos los tópicos desarrollados para descargar una máquina de pensamiento que funciona, al igual que la “máquina antropológica” de Agamben, por expulsión y captura. El mecanismo de referencias reflexivas a que nos tiene acostumbrada la intervención que Ennis y Pfänder materializan en este libro se condensa y recurre. Dijimos *diferencia* y no *excepción*, parecen aclarar los profesores, *desvío* que no implica un camino alternativo para lo mismo. No hay, nos recuerdan con Lévi Strauss, pueblos niños. Pero entonces qué hacemos, dado que nuestros parámetros temporales y nuestra formación lingüística es intrínsecamente colonial. Reconocer el movimiento de apropiación que implica toda transcripción no debe, no puede, desembocar en la exclusión del estudio de estas lenguas. La literatura, la filosofía de Walter Benjamin, ofrecen una posibilidad de transitar esa diferencia. Me parece ver, más allá de la postulación de “una historia de la lengua que considere inevitable la inclusión de los saberes y discursos sobre ella en la configuración de su objeto” (216), una operación exitosa en esta intervención que logra a través de análisis precisos y contextualizados, la sustracción de lo uno en la lengua metropolitana.

Graciela Goldchluk